

Marc
Gual

La maldición
del
cronista



Parénesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS
COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodados, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodados, JULIO MANUEL DE LA ROSA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA



Marc Gual (Barcelona, 1972) es licenciado en Filología Hispánica y ejerce como profesor de educación secundaria en un instituto de Hospitalet de Llobregat. Algunos de sus artículos y cuentos han aparecidos en diversas revistas –*El Extramundi*, *Versión Original*, *Letra Internacional*–.

La maldición del cronista es su primer libro publicado.

www.parentesiseditorial.com

Fragmento de muestra de *La maldición del cronista*

I
CUENTOS DE LEJOS

La maldición del cronista

Pasé la vida disfrazándome de otros, imaginando, ingenuamente, que este juego de máscaras ampliaba mi existencia, facilitaba nuevos horizontes, hacía aquella más rica y variada. Disfrazarse era el juego mágico del hombre, que se entregaba furtivamente a la creación sin advertir cuanto de su propia sustancia se le iba en cada desdoblamiento. La vida, en realidad, no se ampliaba con los disfraces, antes al contrario, dejaba de vivirse, se convertía en una entelequia cuya única realidad era el cambio sucesivo de personajes.

Miguel Delibes, *Discurso del Premio Cervantes*

Las pasiones humanas son un misterio, y a los niños les pasa lo mismo que a los mayores. Los que se dejan llevar por ellas no pueden explicárselas, y los que no las han vivido no pueden comprenderlas.

Michael Ende, *La historia interminable*

*Para Almudena,
que me enseñó a bailar.*

Ingrid tomó rápidamente la toalla para secar a la niña. El ruido de las últimas gotas de la ducha se desprendió con el mismo cansancio con el que ella se preguntaba si su matrimonio todavía podía salvarse. Sólo emergía a la conciencia para eso, para anclar sus pensamientos en lo de siempre, en la angustia, la vergüenza y la tristeza del final inminente, cada tarde de soledad lo mismo. Los niños no tardarían en notarlo, ella ya no podía más, y ese sería el punto de no retorno, porque empezarían a preguntar y pondrían sobre la mesa las cartas que ellos habían ocultado, y le darían la vuelta a sus silencios, y entonces habría que decidir, y todo terminaría. Pero si él reaccionara, pensaba, si él hiciera un mínimo gesto para regresar, si ella encontrara la manera de hacerle volver. Tenían que hablar, hablar de una vez por todas. Se pasaba el día entero sola, sola por la mañana y por la tarde y hasta por la noche, aquello no podía seguir así, estaba tan cansada...

—Mamá, tengo frío —dijo Susana.

Ingrid despertó a sus tareas. La abrazó con la toalla. Tocaba rescatar a Alberto y a Luis, que estarían en albornoz sobre el sofá, mirando la tele, y la cena todavía por hacer, y luego había que acostarles, se estaba haciendo tarde. No oyó a Pedro llegar y tampoco se cruzaron luego por el pasillo o en el salón, porque

él se encerró enseguida en cualquiera de las habitaciones para sumergirse en su enfermedad, y cuando salió se arrastraba ya por las baldosas el silencio, que se le enredó en los pasos camino de la cocina. Masticó, ausente, la tortilla de patata que ella había dejado sobre el mármol, cubierta con un plato, y luego se acostó a su lado, procurando no despertarla.

Amanecieron en otra mañana de palabras muertas, salvados por los niños, el desayuno, las prisas y el rumor de la radio, todo aquello que los reducía a figurantes de una representación contrarreloj. De manera que Ingrid se encontró otro día en el laboratorio, con la bata blanca, las muestras de sangre y la soledad intacta.

Hacía tiempo que todas las cosas callaban. En vano volvía ella cajones de desorden postergado, era como si estuvieran vacíos; en vano vagaba por la casa buscando lo que antes tenía sentido. Una viudez artificial la contemplaba en sus quehaceres no cuestionados. Levantaba a los niños, los vestía y les preparaba el desayuno; luego los llevaba al colegio. Era ella también quien pasaba por la tarde a recogerlos para encerrarse en casa con ellos, con la protestada disciplina de los deberes y con las ansias de televisión o de juegos. Vivía en una isla de tiempo desesperado a la que ya no sabía cómo había llegado, naufragada entre el mudo transcurrir de las horas. En sus intentos de obtener alguna esperanza, tampoco conseguía recurrir a los recuerdos, pues tenía extraviados aquellos últimos asideros. Desbordada en las prisas de lo cotidiano, ningún detalle le sabía a nostalgia.

Eran las doce del mediodía e Ingrid miraba ensimismada a través de la ventana el lejano caminar de los transeúntes. Se había quedado sola en la sala de análisis. El día era claro, limpio. El sol entraba por las amplias ventanas y condecoraba de resplandores las numerosas filas de tubos de ensayo. Sin embargo, Ingrid elaboraba de nuevo los argumentos de una decisión oscura, y una vez más se resistía. No podía creerlo, era

el final. Ahora ya no había remedio. Aunque, como tantas otras veces, enseguida pretendía reaccionar, confeccionar un motivo para la esperanza, una palabra suficiente contra la rendición, seguro que algo podían hacer, sí, trataría de hablar con Pedro por última vez, aunque sólo fuera por los niños, buscar el amor donde se hubiera quedado estancado, había que hacerlo por los niños. Contuvo las lágrimas al oír voces en el pasillo. Aunque se sentía tan desesperada, no quería que la vieran llorar.

Y todavía ignoraba que aquella noche la muerte llamaría a la puerta de su casa.

Después de casarse se habían ido a vivir a la casa, una antigua construcción de dos pisos que tenía un pequeño jardín, y en el jardín un rosal. En realidad era mayor de lo que ellos necesitaban, por lo que tan sólo utilizaban las habitaciones de la primera planta. Un corto tramo de escaleras llevaba, ya en el piso superior, hasta un amplio vestíbulo con cuatro puertas. Detrás de estas el desorden y los interrogantes se extendían por igual, encaramados sobre las siluetas de un montón de trastos viejos.

Desde el principio les había parecido una casa agradable, y el papel pintado tuvo parte de culpa. Fue lo primero en lo que se fijaron al entrar, porque los distintos dibujos que desplegaba se sucedían en continua transición a lo largo de metros y metros de pared: si aquí unas flores se transformaban en los horizontes de un desierto, allí el desierto adquiría volúmenes selváticos y más allá la selva invertía la metamorfosis de Dafne y se revelaba un famoso lienzo de Boticelli; luego el lienzo se disfrazaba de mosaico maya y este se reescribía como estampado provenzal, así sin parar. Por eso no colgaron cuadros en el dormitorio. La pared en la que habían situado la cama estaba enmarcada por una maternidad de Murillo que a ambos les pareció un inmejorable presagio.

En la noche de bodas, tan pronto como se disipó la niebla de risas y baile, Pedro agarró a Ingrid por los hombros y la sentó en la cama.

—Nunca más estaremos solos –le dijo.

Por la mañana, cuando abrió los ojos, Ingrid creyó que todavía dormía al observar que el cuadro de Murillo estaba a su derecha y no sobre el cabezal. Despertó a Pedro un poco alterada y se cubrió instintivamente. ¡Les habían movido la cama!

Pero Pedro enseguida se percató de que todo seguía en su sitio, la ventana a la izquierda, el armario enfrente, la cómoda a un lado. Y no daba crédito a lo que la evidencia dictó a sus palabras: era otra cosa lo que se había movido.

En efecto, el papel pintado –que se componía de una sola y única tira, según luego habían de comprobar– reptaba sigilosamente a lo largo de las paredes de la casa. Un silencio con sombras se apoderó de la mañana de bodas.

—No importa, sea lo que sea –dijo él–. No puede tratarse de nada malo. Esta casa me ha esperado veinticinco años, es todo lo que tengo y va a ser nuestro hogar. No, Ingrid, no hay nada que temer.

Así lo hicieron. No hubo más nervios, ni tampoco prisas, y se demoraron en la novedad de despertar juntos.

El papel viajaba, sí, y pronto empezaron a vivirlo, también ellos, como un viaje. Andaban por el pasillo y las habitaciones buscando las imágenes desplazadas, y más adelante incluso intentaron trazar un mapa de sus movimientos, si bien estos resultaron imprevisibles. También observaron que algunos de los tramos de papel desaparecían durante meses. Fue el buscarlos la excusa para aventurarse, tiempo después, en las habitaciones del piso de arriba.

Desde muy pequeña Ingrid había practicado el baile en distintas academias, pero a los dieciocho años lo dejó porque empezó a pesarle que la disciplina se peleara con la diversión. Al colgar las zapatillas se prometió que seguiría practicando,

libre por fin del compás marcial con el que la profesora atronaba las clases. Sin embargo, la universidad, los trabajos por horas, los amigos, las amigas, ya se sabe, la espiral de cada día... Iba pasando el tiempo e Ingrid seguía sin bailar. Cada noche, al acostarse, se encontraba en la pared, junto a la cama, una postal del famoso cuadro de Renoir. La misma prisa de la jornada, o el cansancio o el sueño, impedían que se detuviera a pensar un momento. No obstante, de alguna manera sentía que al día le había faltado algo fundamental. Por fin recuperó ese espacio para sí misma en los fines de semana, al principio de casados. Por la mañana, todavía en camisón, abría las ventanas y bailaba espontáneamente. La luz de la calle tomaba la casa y entraba gris la melancolía si el día estaba de nubes, y entraba el aire que navegaba en las alturas de la ciudad, varado sobre los rascacielos del centro, anclado entre las mansiones de los barrios lujosos, escollado también en la suciedad endémica de los suburbios. Bailaba, bailaba sin parar, las cortinas se mecían con el mismo ritmo que su camisón, daba vueltas dejándose llevar, del gran dormitorio al comedor, por el pasillo hacia el baño, hasta la terraza cruzando la cocina. Pedro la contemplaba. Un poco torpe, a veces se atrevía a acompañarla, a imitar sin exactitud sus evoluciones, osando cerrar los ojos –como hacía Ingrid– para sentir más nítidos los extremos del viento. Parecía entonces que el tiempo se detenía. Al final se dejaban caer sobre la cama, casi ebrios.

IR A LA FICHA DEL LIBRO

Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.